

EL GIRO PRAGMÁTICO DE HABERMAS. TRES
MOMENTOS DE SU ALEACIÓN DE LAS CONCEPCIONES
DEL LENGUAJE DE LA HERMENÉUTICA Y LA ANALÍTICA

*Habermas's Pragmatic Turn. Three Times in the Alloy
between Hermeneutic and Analytical Conceptions of
Language*

Francisco Javier GIL MARTÍN
Universidad de Salamanca

BIBLID [(0213-3563) 5, 2003, 215-235]

RESUMEN

Al menos en tres ocasiones Habermas ha perfilado su concepción comunicativa del lenguaje mediante una contraposición con concepciones del lenguaje asociadas con las tradiciones analítica y hermenéutica. Esas exposiciones coinciden en el tiempo con sendas aclaraciones del instrumental conceptual de la pragmática formal y contienen variaciones que indican a las claras algunos de los más importantes reajustes de dicha teoría. El artículo recupera y contextualiza los enclaves textuales de tales perfiladuras conceptuales y los marcos teóricos de la pragmática formal alzaprimados en cada caso.

Palabras clave: actos de habla, entendimiento, Habermas, hermenéutica, lenguaje, mundo de la vida, pragmática formal, semántica, filosofía analítica, teoría del significado.

ABSTRACT

At least at three times Habermas has shaped his communicative conception of language through a contrast with conceptions of language that arise from hermeneutic and analytical philosophical traditions. These explanations both

coincide with other three explanations of the formal pragmatic set of conceptual instruments and contain variations that enlighten some of the most important adjustments of that pragmatic theory. This paper rescue and set in a context both textual enclaves of such conceptual outlines and the theoretical frames raised up each time.

Key words: analytical philosophy, formal pragmatics, Habermas, hermeneutics, language, lifeworld, speech acts, understanding, semantics, theory of meaning.

Al menos en tres ocasiones Habermas ha perfilado su concepción comunicativa del lenguaje mediante una contraposición entre concepciones del lenguaje asociadas con las tradiciones analítica y hermenéutica. Esas exposiciones coinciden en el tiempo con sendas aclaraciones del instrumental conceptual de la pragmática formal (PF) y contienen variaciones que indican a las claras algunos de los más importantes reajustes de dicha teoría. Las páginas que siguen recuperan y contextualizan los enclaves de tales perfiladuras conceptuales y los marcos teóricos de la PF alzaprimados en cada caso¹. Por descontado, con una recuperación tan selectiva no me propongo desmenuzar lo que ha sido un proceso de aprendizaje complejo, continuado durante más de tres décadas a través de una nómina inabarcable de contextos de discusión. Ni siquiera ofreceré un análisis de los textos convocados que detalle la relevancia de los traslados conceptuales y pormenore las razones acuciadoras que operan sobre los mismos. Bastará con que el recuento propuesto haga reconocible una secuencia de pensamiento en la que, para reforzar la fuerza explicativa del enfoque pragmático, se van sumando enmiendas decisivas en torno a la pretensión constante de integrar y corregir las aportaciones de la hermenéutica con ayuda de las contribuciones de la filosofía analítica.

Esa evolución ha sido analizada ejemplarmente por Cristina Lafont², a quien cabe atribuir un doble mérito. Por un lado, ha sacado a la luz algunas ambigüedades que ha ido arrastrando la PF a causa de sus débitos con la tradición alemana del giro lingüístico. Esa crítica interna muestra que la concepción habermasiana del lenguaje comparte con las hermenéuticas de Heidegger y Gadamer (y a través de ellas con la tradición que se remonta a las «tres haches») el maridaje de un holismo lingüístico y una *priorización* del significado sobre la referencia; y que las consecuencias antiuniversalistas de la hipostatización idealista del lenguaje interna a dicho maridaje están tan mal amaestradas por la teoría pragmático-formal del significado (TPFS) que ponen en jaque a la dimensión cognitiva y al compromiso realista que esta teoría adscribe a las estructuras de la comunicación. Esa crítica no sólo incide sobre el desajuste de la función lingüística de apertura de mundo en los sucesivos marcos teóricos de la PF, sino también sobre las pésimas consecuencias de

1. En la bibliografía se encuentran los referentes de las siglas con que cito las obras de Habermas.

2. LAFONT (1993). Otros estudios valiosos sobre la PF son los de BAYNES (1992, pp. 88-108) y COOKE (1994).

recurrir primero a una división del trabajo que delega en la semántica formal el análisis de la función expositiva del lenguaje y de tratar de asimilarlo después en una TPFS lastrada por dificultades de orden metodológico y temático. Por otro lado, las aportaciones constructivas avanzadas por Lafont han movido a Habermas a encarar una profunda revisión de su PF y a reconducirla, tras su tránsito por una teoría de la acción y por una teoría del significado, hacia una posición realista de cariz ofensivamente pragmatista. Mi presentación de las tres etapas se apoya en los estudios de Lafont.

(1) Desde la atalaya de la *TkH*, Habermas contempla el trecho entre su reinicio teórico de finales de los años sesenta y la fundamentación normativa de la teoría social concluida en dicha obra como un trayecto desde la filosofía de la conciencia a la pragmática del lenguaje. Ese «giro lingüístico de la teoría crítica» hubo de dejar en suspenso el programa metacrítico de *Conocimiento e Interés* y efectuarse pausadamente mediante la reestructuración de la teoría de la sociedad con una teoría de la comunicación. Aunque no desdeñe las deudas con otras tradiciones, entre ellas el pragmatismo y el interaccionismo, la mirada que sobrevuela el camino sin retorno selecciona en la apropiación de la hermenéutica y la filosofía analítica «la convicción de que la teoría crítica de la sociedad tenía que liberarse de la conceptualización de la filosofía de la conciencia», así como la «intuición central» con la que el programa reconstructivo dará consistencia al concepto de razón comunicativa, «la intuición de que en la comunicación lingüística está inscrito un telos de entendimiento recíproco»³.

En los textos pioneros de dicho giro lingüístico, la crítica interna a la hermenéutica filosófica de Gadamer se enriquece primero con una recepción del segundo Wittgenstein que entronca con lecturas previas de Apel y, poco después, con una innovadora asimilación de la teoría de los actos de habla. El aparente relegamiento de la hermenéutica en la posterior confección de la PF va de la mano con una revisión, que se nutre de argumentos adelantados por Searle y Strawson, de las respectivas teorías de la intención comunicativa de Grice y de Austin.

En «Un informe bibliográfico: la lógica de las ciencias sociales (1967)», Habermas contrasta la concepción del lenguaje de la hermenéutica, ya reivindicada en su incursión en la «Disputa del Positivismo», con otras dos concepciones no objetivistas: la de la fenomenología social de Schütz y sus vástagos etnometodológicos y la del análisis positivista del lenguaje tanto en el primer Wittgenstein como en el segundo Wittgenstein y en la reflexión sociolingüística de Winch. Como apuntó en una reseña de 1965 sobre «el retorno de Wittgenstein al ámbito de la lengua alemana», la hermenéutica y el análisis de los juegos del lenguaje otorgan al lenguaje ordinario el estatuto transcendental de metalenguaje último e irrebasable y a la

3. *LSw*: 7/13 y *NU*: 173/143. Véase también *NU*: 214s, 224s/182s, 192; *TkH1*: 387/369.

comprensión lingüística una prioridad filosófica sobre la intencionalidad⁴. El informe de 1967 se vale del contraste hermenéutico entre las concepciones del lenguaje como diálogo y como cálculo para sostener que el análisis wittgensteiniano aún queda cautivo en la visión calculatoria de un «lenguaje reglamentado que hacia dentro suelda todas las junturas (para) cerrarse hacia fuera» en un contextualismo que favorece la inconmensurabilidad de juegos del lenguaje; y enmarca después la reelaboración crítica de la hermenéutica dentro de la propuesta de renovar la sociología como teoría de la actualidad. En 1970, abandonada ya esa propuesta en favor del programa de fundamentar las ciencias sociales con una teoría del lenguaje, «La pretensión de universalidad de la hermenéutica» madura la crítica a Gadamer para ponerla al servicio de una teoría de la competencia comunicativa. Sin embargo, esta teoría se vuelve hacia la herencia de Wittgenstein en las «Christian Gauss Lectures», obra coetánea que emprende sin cortapisas dicho programa con la primera justificación filosófica del giro lingüístico⁵. Bajo el influjo de *Speech Acts* de Searle, ese traslado pragmático de la teoría de la comunicación impone la mudanza conceptual de los tópicos hermenéuticos de la autorreferencialidad del lenguaje natural y la interpretación lingüística de la intencionalidad.

De modo parecido al informe de 1967, las «Gauss Lectures» ofrecen una crítica a la teoría fenomenológica de la constitución de la sociedad para concluir que es preciso dar el paso desde la teoría de la conciencia a la teoría de la comunicación y sustituir el primado de la intencionalidad por el del entendimiento lingüístico. Pero la oportuna discusión con el segundo Wittgenstein no da esta vez la alternativa a la corrección del enfoque gadameriano en términos de una hermenéutica reflexiva, sino a la teoría de actos de habla corregida con las claves de la PF. Es en la lectura intersubjetivista de la noción wittgensteiniana de «seguir una regla» donde ancla Habermas el impulso teórico para la remodelación lingüística de la intencionalidad, esto es, la concepción de que las vivencias intencionales se atienen a reglas y son verbalizables; y donde recupera la idea hermenéutica de que «el concepto normativo de entendimiento reside en el concepto de lenguaje» y, a la inversa, «el concepto de lenguaje reside ya en el concepto de entendimiento», intimidad conceptual sobre la que se apoya la tesis central de la PF de que «es inherente a todo acto de habla el telos del entendimiento»⁶.

En «La pretensión de universalidad de la hermenéutica» es la experiencia hermenéutica la que constata la reflexividad del lenguaje natural que, a diferencia de los lenguajes formales, abre al hablante un «espacio metacomunicativo de movimiento», lo cual ilumina el hecho de que el uso analítico del lenguaje con que identificamos cosas está inserto en el uso reflexivo o intersubjetivo del lenguaje en el que nos socializamos y nos comunicamos. El reverso de tal libertad es la vinculación a la tradición cultural de los hablantes, que sólo se apropian de plexos de sentido en

4. *LSw*: 203-305/173-256 y *PPP*: 217-22/195-9. Sobre la deuda con Apel al respecto, véase p. ej. *LSw*: 90, nota 2, 243, nota 174/82, nota 2, 205, nota 174; o *Fragments*, p. 82. Para lo que sigue, véase *LSw*: 279-81/234-6.

tanto que «permanecen dependientes de un contexto dogmáticamente recibido e implícitamente siempre ya dado». Sin embargo, la autorreflexión hermenéutica sobre esas libertades y dependencias con el lenguaje no explica la competencia comunicativa, explicación que tendría que restringir «el primado ontológico de la tradición lingüística sobre toda crítica... y ligar la comprensión al principio del habla racional». La teoría que aprehende «la fuerza de la reflexión que se desarrolla en la comprensión» y extrae del lenguaje ordinario «el principio del habla racional como elemento regulativo necesario de toda habla real»⁷ queda bosquejada en las «Gauss Lectures». El impulso teórico para concretar dentro del habla la autorreferencialidad del lenguaje lo ofrece de nuevo la discusión con Wittgenstein, a quien se atribuye el «descubrimiento del uso comunicativo del lenguaje». Ahora es la forma gramatical (Mp) de los actos de habla, las unidades elementales del habla en las que se entablan pretensiones de validez, la que refleja una doble estructura realizativo-proposicional en la que se instaura un doble plano de la comunicación y en la que «se funda la reflexividad de los lenguajes naturales». La PF se propone reconstruir el sistema de reglas constitutivas que hacen posible la simultaneidad del uso cognitivo del lenguaje, en el que la relación interpersonal generada realizativamente sirve para entenderse sobre algo en el mundo, y del uso interactivo, en el que el entendimiento sobre objetos sirve para establecer una relación interpersonal. Mientras que la mutua remisión de ambos modos del uso del lenguaje descifra la reflexividad del lenguaje natural como el producto de la competencia comunicativa, el uso hermenéutico se sirve de ella en un ejercicio de paráfrasis o clarificación de la inteligibilidad, la única pretensión de validez que se da por fácticamente cumplida por lo que hace tanto a los registros de la mera corrección lingüística cuanto a la consistencia de los esquemas interpretativos sobre la realidad. Con el análisis de las pretensiones de validez, cuyo sentido cognitivo y vinculante las dispone de suyo para ser resueltas discursivamente, la PF enlaza con una teoría que explica la lógica informal del habla argumentativa orientada al consenso desde la idealización contrafáctica de una situación ideal de habla⁸. De aquí parte el compromiso con la concepción anfibológica de la racionalidad, implantada tanto en los presupuestos de la acción comunicativa cuanto en las autorregulaciones del discurso.

«¿Qué significa pragmática universal?» sistematiza esa teoría de la comunicación avanzada en las «Gauss Lectures» y le confiere la dignidad de una «ciencia reconstructiva». Del mismo año datan «Intención, convención e interacción lingüística» y

5. Sobre la relevancia que Habermas concede a esas «Lecciones sobre una fundamentación de la sociología con la teoría del lenguaje» (*VETkH*: 11-126/19-111), véase p. ej. *TkH1*: 7/9s, *VETkH*: 7/15, *Ent*: 327.

6. *VETkH*: 72s, 114/68s, 101; e «Introducción (1971)», *TP*: 24/27s.

7. Los comentarios y citas anteriores, en *LSw*: 331-66/277-306. Los que siguen, en *VETkH*: 88-104/81-93.

8. Véase *VETkH*: 104-26/94-111; y «Teorías de la verdad (1972)» (*VETkH*: 127-83/113-58).

«Semántica intencional», obras en que se aprecia un tratamiento más complejo de las dos perspectivas antes comentadas⁹.

El primero de esos tres ensayos centra el cometido de la PF en explicitar las condiciones universales del entendimiento posible y en reconstruir la doble estructura del habla. La normatividad de la «base de validez del habla», esto es, de las condiciones irrebasables de todo acto de habla explícito, descansa en el concepto de entendimiento y en el plexo de pretensiones cooriginarias de validez. Allende la acepción mínima de comprender emisiones inteligibles, «entendimiento es el proceso de consecución de un acuerdo sobre la base *presupuesta* de pretensiones de validez reconocidas en común». Tal proceso se cumple si el oyente acepta la oferta de la emisión del hablante y se cerciora de las pretensiones entabladas en esa emisión que abrigan la posibilidad de ser desempeñadas en argumentaciones. Mientras que el cumplimiento de la pretensión de inteligibilidad señala la competencia lingüística de los hablantes, el entendimiento mediante las pretensiones de verdad, veracidad y rectitud muestra su capacidad comunicativa para usar las «funciones pragmáticas universales» de exposición, expresión y creación de relaciones interpersonales. La PF parte nuevamente de la desconexión entre los componentes ilocutivo y proposicional para analizar los niveles simultáneos de comunicación, el cognitivo y el interactivo. A través de sucesivas precisiones de los dobles austinianos, avanza después en la presentación de las subteorías pragmático-formales del significado (de los actos ilocutivos y de la oración elemental), en la clasificación de actos de habla desde las pretensiones de validez y en la aclaración de las implicaciones discursivas de los dos modos universales de comunicación, radicadas en «la base racional de las fuerzas ilocutivas», esto es, en las obligaciones de justificación internas a las condiciones de aceptabilidad de las emisiones. El acceso a la doble estructura del habla sobre el que pivota toda esta reconstrucción precisa del principio de expresabilidad de Searle, que canaliza en el plano metodológico dos problemas latentes en todo el desarrollo: la vaguedad de la inteligibilidad y la indefinición del uso expresivo del lenguaje. Al estipular que cuanto se quiera dar a entender puede expresarse abiertamente en actos de habla en los que la fuerza ilocutiva y el contenido proposicional se presentan de manera explícita y diferenciada, la PF puede concentrarse en analizar las condiciones universales de los actos de habla en forma estándar. Éstos, además de estar desligados institucionalmente, están «unívocamente determinados», esto es, son proferidos por un hablante que «expresa su intención de manera literal, explícita y exacta» y no «se presentan en contextos que desplazan el significado». Gracias a tal concentración en las emisiones explícitas, no perturbadas por la estrategia ni por el contexto, la PF puede eludir la carga probatoria de los supuestos declarados al inicio del ensayo: que la acción comunicativa es el tipo fundamental de interacción, teniendo la acción estratégica un rango

9. Esos textos de 1976 están recogidos en *VET&H*: 307-440/261-368. De ellos extraigo en adelante las citas.

derivado; que ese tipo fundamental puede equiparse con los actos de habla explícitos; y que el lenguaje es el medio específico de entendimiento.

El intento de neutralizar en la teoría de la comunicación la desviación de las intenciones y la intromisión del contexto tiene un correlato en la delimitación sociológica de los modelos de acción. En «Intención, convención e interacción lingüística», Habermas se aproxima al «giro lingüístico-analítico del concepto de intencionalidad» con el fin de describir el alcance y los límites de la estructura cognitiva y motivacional de la «acción intencional», concebida según el patrón subjetivista de la acción teleológica. Frente a la estrechez monológica de tal patrón aventura un modelo más amplio que contempla las disposiciones y emociones, además de los propósitos, como elementos de necesidades interpretadas públicamente a través de normas y valores. Pero, dado que la versión convencional de la «acción regulada por normas» se hace cargo de esa revisión de lo intencional a costa de sacrificar la subjetividad de los agentes en aras de un consenso sociocultural, él propone «un modelo de acción comunicativa que elimina las debilidades complementarias de los modelos de la acción intencional y la acción regulada por normas». Para ello confronta las concepciones del «medio comunicativo del lenguaje» que presuponen las aplicaciones sociológicas de dichos modelos, pues identifica en cada caso una teoría del significado como punto de partida de las teorías de la acción. En la concepción del lenguaje como «un medio para la transmisión de vivencias intencionales», defendida por la semántica intencional, el hablante se vale de instrumentos lingüísticos para dar a entender al oyente lo que tiene en mente. La relación comunicativa sobreviene así con la inferencia por el oyente del contenido informativo de intenciones en origen prelingüísticas que le hace saber el hablante. La concepción del lenguaje como «medio de la participación en la misma cultura» la deriva Habermas de las teorías postwittgensteinianas del significado como uso, pero su caracterización refleja también el rastro de la hermenéutica. Gracias a su pertenencia a formas de vida intersubjetivamente vinculantes, los hablantes tienen asegurado en su lenguaje compartido «un consenso sobre interpretaciones generales de la situación». La competencia interpretativa se subordina así al «consenso normativo sobre la cultura dada ya objetivamente en la imagen lingüística del mundo». El modelo de la acción comunicativa se deslinda de los otros dos con una concepción intersubjetiva del lenguaje «que hace justicia al significado constitutivo de la comunicación lingüística... y acentúa las operaciones constructivas de los participantes en la interacción». Por un lado, cuenta con agentes que emplean intenciones originariamente comunicativas y se mueven «dentro de un contexto del que no pueden disponer libremente», de modo que esos «agentes intencionales no entablan sólo a posteriori relaciones comunicativas para extraer de sí un mundo intersubjetivo». Por el otro, «los participantes se esfuerzan en común por un proceso de entendimiento en virtud de sus propias competencias de interpretación», de modo que sus operaciones constructivas de entendimiento vehiculan el proceso de interpretación «que prosigue y revisa la tradición de valores y normas vigentes en cada caso a la vez que viene también determinado por ella».

Esta variación pragmática de la hermenéutica queda latente en «Semántica Intencional». Habermas radicaliza aquí objeciones previas al «mecanismo griceano» que venían a coincidir en que la intención comunicativa no se dirige a producir un efecto adicional en el oyente, bien porque dicha intención es esencialmente confesable (Strawson) o porque los actos ilocutivos no se pueden explicar por medio de los perlocutivos (Searle); y arguye que «Grice reconstruye una forma derivada de comunicación que supone lo que pretende reconstruir: un entendimiento con ayuda de símbolos de significado idéntico». Esa reconstrucción del «dar a entender indirectamente algo» ejemplifica la situación en que falta un entendimiento directo y la acción estratégica es el «equivalente funcional de la comunicación lingüística». Pero, como la estrategia deja en suspenso la presunción comunicativa de sinceridad, el modelo griceano ha de vérselas sin remedio con los contraejemplos de intenciones ocultas. Tal forma derivada de comunicación presupone además la posibilidad del entendimiento directo, porque la inferencia por parte del oyente del significado pretendido por el hablante es parasitaria de la inteligibilidad de una emisión en condiciones normales de entendimiento directo y, por tanto, «presupone ya la identidad de significados y su validez intersubjetiva para los implicados», quienes, gracias a su socialización, disponen con su uso del lenguaje y con su competencia comunicativa de un «saber contextual compartido de antemano intersubjetivamente»¹⁰.

(2) El contraste de las concepciones instrumental y sociocultural del lenguaje y la presunción de que el entendimiento indirecto parasita la comunicación normal iluminan las elusiones de la selectiva aplicación del principio de expresabilidad en «¿Qué significa pragmática universal?». Tres anotaciones que comentan los supuestos de partida de aquel ensayo desde la reelaboración de la PF alcanzada en *TkH* ponen de relieve algunas cuestiones centrales que Habermas hubo de tematizar teniendo a la vista la evolución de la teoría de Searle¹¹.

Por un lado, Searle había pasado a cuestionar que el significado literal quede unívocamente fijado en un «contexto cero», toda vez que las condiciones de satisfacción de las emisiones deben ser completadas por una serie de «supuestos de fondo» no contenidos en la estructura semántica del acto de habla. La competencia lingüística se amplía así al conocimiento de ese sistema coordinado de supuestos, tácitamente asumidos en la comprensión de la emisión, que son indefinidos en número y cuyo acceso remite una y otra vez a otras presuposiciones, lo cual tiene por consecuencia que no existe una distinción nítida entre el saber del lenguaje y

10. Habermas considera no menos inconsecuente el intento de Schiffer y Bennett por apuntalar la estrategia nominalista en la explicación del significado lingüístico como fosilización de significados del hablante sobre la base de las nociones de *convention* y *mutual knowledge*, nociones que Lewis aplicara a la teoría de la decisión racional

11. SEARLE (1979). Las anotaciones (a *VETkH*: 353/299) están en *VETkH*: 8, 429, 550s/16, 359, 461s; las referencias al programa de la PF de *TkH* proceden de los cap. 1 y 3 de *TkH1* y de *VETkH*: 571-606/479-507.

el saber empírico del mundo. También Habermas admite que «la restricción metodológica a la forma estándar va demasiado lejos en la neutralización del contexto» y cuestiona que «las oraciones posean un significado literal tan sólo en virtud de las reglas de uso de las expresiones que contienen». En *TkH*, el análisis de la PF se extiende al «saber contextual y de fondo» depositado lingüísticamente en el mundo de la vida, que queda a espaldas de los participantes y pasa a ser el correlato de sus procesos de entendimiento. Ese saber, «que determina en grado extraordinariamente alto la interpretación de las emisiones explícitas», viene caracterizado por el peculiar estatuto de un saber implícito a modo de innumerables certezas inmediatas, holístico y entrelazado en su estructura y no disponible a voluntad.

Por otro lado, Searle había mantenido que la semántica de Grice identifica tan sólo efectos perlocutivos sobrepuestos a las intenciones asociadas ilocutivamente al significado. En su polémica con el relativismo semántico de Derrida subrayó que las formas ficticias, simuladas o indirectas del uso del lenguaje son parasitarias o suponen lógicamente la posibilidad del uso serio, literal y vinculante de las emisiones. Tal rango fundamental de ese uso pragmático del lenguaje es coherente, según Searle, con la idea de que el holismo del significado no implica que los enunciados sean incomprensibles en su literalidad. Habermas hace suyo este motivo cuando pasa a admitir que su anterior restricción a la acción comunicativa como tipo fundamental sobre la base del supuesto de que «el hablante no se limita a fingir una oferta seria, sino que la hace sinceramente... precisa de una cuidadosa justificación, a saber, la tesis de que el uso orientado al entendimiento representa el modo original del uso del lenguaje». En *TkH*, esa justificación hace pie en el «carácter autoidentificador de los actos de habla», tomado como el criterio central de una aplicación idiosincrásica y algo confusa del distingo austiniano entre ilocuciones y perlocuciones; y normaliza el «modelo del habla» como patrón de los procesos de «entendimiento», concepto que tiene el sentido mínimo de que el oyente comprende el significado de la emisión y el sentido amplio de que la acepta por válida y llega con el hablante a un acuerdo racional. Mientras que la estructura dual de actos de habla estándar muestra que los actos ilocutivos comentan el sentido del contenido manifiesto de la emisión y hacen pública o transparentan la intención comunicativa, dando la opción al oyente de aceptar o recusar la oferta contenida en el acto de habla, los efectos perlocutivos van más allá de los ilocutivos y trascienden el significado de lo dicho, con el que sólo mantienen una relación contingente; su logro vive del hecho de que o no confiesan las intenciones que los dirigen o no permiten al oyente una toma de postura justificada. Todas las perlocuciones son agrupadas como una subclase de acciones teleológicas y como instancias de un uso derivado del lenguaje que presupone a la vez que saca provecho de la orientación al entendimiento. Ese parasitismo practica la incisión entre la acción comunicativa y la estratégica. Mientras que en aquélla las acciones teleológicas son coordinadas mediante el entendimiento logrado con actos de habla, en la acción estratégica latente se ejecutan actos ilocutivos de forma disimulada y en la acción

estratégica manifiesta se restringe al oyente la posibilidad de tomar una postura basada en razones ante la pretensión de validez que acompaña al significado.

Finalmente, Habermas ya no equipara los actos de habla y la acción comunicativa, pues ni esa interacción se limita a ser un mero acto de habla ni todo empleo de actos de habla es una acción comunicativa. La bisagra entre ambas nociones la facilita la equivocidad de la noción de entendimiento, que identifica el mecanismo de la acción comunicativa porque constituye tanto el recurso básico de toda forma de comunicación cuanto el telos del propio lenguaje.

El programa de la PF emplea por eso la teoría de la argumentación y la TPFs, planteadas como derivaciones filosóficas de la teoría general de la acción, para analizar ese concepto normativo de entendimiento y rescatar desde él una concepción de la racionalidad. La teoría de la argumentación explora la «racionalización de la validez» en atención a las condiciones del desempeño discursivo de pretensiones de suyo criticables y justificables. El plano pragmático del acuerdo conecta con el plano procedimental del dar y pedir razones, de modo que la racionalidad discursiva se asienta en la racionalidad interna a la comunicación. La TPFs desciende a niveles metodológicos y temáticos más básicos. Como en la derivación de la primordialidad del uso comunicativo del lenguaje desde el distingo entre perlocuciones e ilocuciones, la TPFs se vincula con la teoría de la acción para explorar la «racionalización del significado» en la que el plano pragmático del acuerdo conecta con el plano semántico de la comprensión y con el plano empírico de la coordinación de la acción. Tal extensión de las exigencias justificativas no ya a las obligaciones imputables del empleo de actos de habla, sino a la comprensión de los significados emitidos, que se sujeta así al enjuiciamiento de la validez de los mismos, se presenta como una rectificación pragmática del modelo de Bühler de las funciones del lenguaje que remite al modelo del habla, de notorio linaje humboldtiano, e integra contribuciones de tres corrientes de la filosofía analítica del lenguaje. No se trata, como en 1976, de acoplar las categorías del significado extraídas de las teorías del uso y de la semántica formal, sino de enmendar sus angosturas —y las de la semántica intencional— con una teoría comprensiva que generaliza el supuesto básico que (el giro epistémico de Dummett a) la semántica de condiciones de verdad adscribe a la función expositiva. La generalización del nexo interno de «significado y validez» a los tres aspectos del «entender/se / con alguien / sobre algo» en cada acto de habla logrado constituye una aleación de la idea hermenéutica del lenguaje como medio del entendimiento con el verificacionismo de las condiciones de aceptabilidad, que engloban las condiciones de validez de las emisiones, las pretensiones que llevan asociadas y las posibles razones en favor de tales pretensiones.

Las consecuencias de esa «lectura de Humboldt ilustrada por la filosofía analítica» salen a relucir en *DPM* y «Entgegnung». En su respuesta a la asunción de la tradición de las «tres haches» en la teoría de Taylor¹², Habermas declara ahora que en

12. TAYLOR (1985, 1986). En adelante: *PDM*: cap. 11 y 12; *Ent.*: 328-77.

TkH trató «con negligencia la función lingüística de apertura de mundo», esto es, la específica contribución alemana al giro lingüístico; y enfatiza que «la racionalidad comunicativa no está menos encarnada en las estructuras de la intersubjetividad continua del pre-entendimiento garantizado por el mundo de la vida que en las estructuras de la intersubjetividad discontinua del entendimiento posible a producir por los propios actores». La revalorización del mundo de la vida y su saber de fondo como correlato de los procesos de entendimiento introduce como una instancia previa el depósito epistémico del lenguaje compartido socioculturalmente, que adelanta un marco categorial para la interpretación de cuanto aparece dentro del mundo a la vez que sirve de materia prima de la socialización y la cohesión social. Esto altera la naturaleza anfibológica de una razón anclada en los presupuestos pragmáticos de todo uso normal del lenguaje, que resultan necesarios e inevitables porque posibilitan prácticas que carecen de alternativas. Los criterios públicos del entendimiento que las prácticas comunicativas transmiten a las reglas autocorrectoras de la práctica discursiva dependen del suelo frondoso, amplio y profundo, del mundo de la vida lingüísticamente constituido, puesto que éste aporta los recursos con que los hablantes y agentes competentes emprenden la racionalización del significado y la racionalización de la validez y les impone de hecho una contextualización de las condiciones de aceptabilidad con que certifican sus procesos de entendimiento. La instalación de la razón no ya en «la base de validez del habla», sino en la estructura holista del medio lingüístico incuba en cada acto de entendimiento la dialéctica entre las responsabilidades comunicativas de los participantes que adoptan la «actitud realizativa» y las dependencias lingüísticas de sus remisiones epistémicas a los entramados culturales de los mundos históricos de la vida. Y en estos últimos se articula a su vez una dialéctica entre la apertura lingüística de mundo y los procesos mundanos de aprendizaje, pues las donaciones suprasubjetivas del lenguaje que generan una visión del mundo desde su infraestructura semántica tienen que acreditarse de continuo en las revisiones del saber debidas a las operaciones constructivas de los sujetos.

«Acciones, actos de habla e interacciones lingüísticamente mediadas» presenta un bosquejo general de la PF a la vez que avanza sobre esas correcciones que atemperan los registros analíticos de la «ciencia reconstructiva» a una refilosofización de sus supuestos teóricos. Del mismo año 1988 datan «Crítica de la teoría del significado», donde la TPFS hace explícita la concepción intersubjetiva del lenguaje, y «Observaciones sobre *Meaning, Communication and Representation* de John R. Searle», donde Habermas responde con el andamiaje de su «giro pragmático» al «giro intencionalista» de la teoría searleana de actos de habla¹³.

El primero de esos escritos vuelve sobre la idea de que el tejido de lo social está urdido con interacciones que se sirven del lenguaje natural y se desenvuelven

13. Los tres textos de 1988 están reunidos bajo el epígrafe de «Giro Pragmático» en *ND*: 61-149/65-151.

en un mundo de la vida que los agentes comparten y en cuya reproducción coparticipan. Clasifica esas interacciones atendiendo a sus mecanismos predominantes —entendimiento e influjo— que funcionan bien porque el lenguaje opera como fuente primaria de integración social o bien porque queda subordinado a una dinámica extralingüística de influencias. Como las acciones comunicativas y estratégicas son una mezcla de estructuras más básicas, Habermas desagrega en ellas tipos de acción elementales e irreductibles. La acción teleológica es la acción intencional cuya orientación a fines se ajusta a una ejecución eficaz. En ella, la «actitud intencional» exige de suyo interpretaciones desde la perspectiva del observador para desentrañar la opacidad inherente a las intenciones y planes de acción; y el «juego de lenguaje teleológico» se rige por el esquema de que «el fin de la acción está determinado a) con independencia de los medios que intervienen b) como un estado a producir causalmente c) en el mundo objetivo». La acción del entendimiento son los actos de habla ilocutivamente logrados. La normatividad del *Verständigung* pone aquí en juego la intencionalidad y la teleología específicas del uso comunicativo del lenguaje. Especifica, por un lado, la revisión de las teorías de la intención comunicativa: los actos de habla se autointerpretan en virtud de su estructura dual y hacen públicas las intenciones con una operación que vuelve reversible el hallazgo austiniiano de las emisiones realizativas (al ejecutar actos de habla no sólo se hacen cosas con palabras; se dice a la vez qué se hace). Pero una tal autotransparencia sólo es posible sobre la base del fáctico «estar en el lenguaje», pues no basta con que los participantes adopten la actitud realizativa de segundas personas, sino que además han de «hablar la misma lengua y entrar en el mundo de la vida intersubjetivamente compartido de una comunidad lingüística para sacar provecho de la peculiar reflexividad del lenguaje natural». El mismo supuesto hermenéutico reaparece en el juego de lenguaje teleológico, por el cual «los actos de habla se dirigen a fines ilocutivos que no tienen el estatuto de un fin a realizar dentro del mundo, no pueden realizarse sin la cooperación y el asentimiento no forzados del destinatario y sólo pueden explicarse con el concepto de entendimiento inmanente al medio lingüístico». La a) inmanencia en el lenguaje, inconmensurable con la relación intencional de fines y medios de las acciones teleológicas, convierte a los fines de la comprensión del significado y de la aceptación de la validez, b) cuyo logro ratifica el oyente con el reconocimiento autónomo de pretensiones de validez, c) en eventos «que sólo se pueden alcanzar dentro de la dimensión del lenguaje para abrir mundo», vale decir, en el espacio público de la situación de habla que se abre a los participantes que adoptan la actitud realizativa en tanto que comparten un mundo de la vida.

A esa dicotomía basada en la ubicuidad de la teleología y la interpretación responde otra distinción mínima entre tipos de racionalidad insustituibles, establecida en virtud del modo de empleo del saber proposicional. En la racionalidad teleológica, el uso no comunicativo de ese saber se ajusta a las condiciones que ha de cumplir la intervención causalmente eficaz en el mundo. Aquí la pretensión de eficacia, que depende de la pretensión implícita de verdad y de la presuposición

ontológica de un mundo objetivo, es susceptible de ser justificada con discursos praxeológicos. La racionalidad del entendimiento o del uso comunicativo del saber proposicional (o del saber temático del enunciado comentado por el saber concomitante y cotematizado del acto ilocutivo) acoge un espectro más amplio de pretensiones de validez y de supuestos ontológicos y se mide por las condiciones de aceptabilidad de los actos de habla. Éstas convocan las razones aducibles para resolver las pretensiones de validez que se entablan en las emisiones, razones justificadoras que, como los significados ya acreditados en su validez, se rescatan desde los entramados holistas del saber de fondo, donde remiten a otras razones potenciales. Con tal reordenación de sus conceptos básicos, la PF ha virado hacia la teoría del significado para explicitar la infraestructura de la racionalidad con una concepción del lenguaje que está atravesada por la función de apertura de mundo¹⁴.

Este descenso teórico avanza sobre la recepción ya comentada de la teoría de Searle. Por un lado, Habermas admite que en *TkH* confundió la distinción de ilocuciones y perlocuciones con la distinción entre interacciones, propia de la teoría de la acción, al justificar el primado del uso del lenguaje orientado al entendimiento. Ahora es la TPFs la que fundamenta la irrebasable normatividad de ese uso insuplantable del lenguaje, sobre la que se erige la primacía de la acción comunicativa sobre la estratégica y toda la concepción sociológica de la reproducción social, toda vez que ésta se retroalimenta con la prioridad funcional del mecanismo del entendimiento. Por otro lado, el análisis de ese uso comunicativo del lenguaje se amplía desde el saber inmediato del acto de habla y desde el saber implícito de regla para comprender y justificar acuerdos, hasta el saber atemático y prerreflexivo del mundo de la vida «en el que sin distancia alguna vivimos, hacemos experiencias, hablamos y actuamos». El análisis de presupuestos muestra que este «saber concreto del lenguaje y del mundo» que completa los procesos explícitos de entendimiento no sólo consta de una capa de saber de primer plano que estabiliza la validez y ampara la identidad de los significados, bien como un horizonte para las situaciones de habla o como un contexto que depende de los temas, sino también

14. Decir que «el concepto de acción comunicativa se basa en un análisis pragmático-formal del acto de habla» equivale a decir que «se basa en una determinada concepción del lenguaje y del entendimiento (que) debe ser elaborada en los contextos de la teoría del significado» (*ND*: 123, 75/126, 78). El intento de «obtener un concepto de razón postmetafísico, pero no derrotista, desde el análisis de los actos de habla» viene a determinar «un concepto de racionalidad del entendimiento que puede explicarse en la teoría del significado mediante las condiciones de aceptabilidad de los actos de habla» (*Ent*: 338, *ND*: 67s/71). Éstas, por su parte, «remiten al carácter holista de los lenguajes naturales: cada acto de habla está unido a través de hilos lógico-semánticos con muchos otros actos de habla potenciales que pueden asumir el papel pragmático de razones. El conocimiento de un lenguaje está por eso entretelado con el saber sobre cómo son realmente las cosas en el mundo lingüísticamente abierto. Quizá el saber del mundo depende de una cadena más larga de razones que el saber lingüístico. Que ambos no pueden separarse nítidamente lo confirma la idea básica de la que hemos partido [en la TPFs]: comprender una expresión significa saber cómo se puede uno servir de ella para entenderse con alguien sobre algo» (*ND*: 81/84s). En adelante también tengo en cuenta las partes I-III de *TK*.

de una capa profunda de saber elíptico e incuestionado que no puede hacerse consciente del mismo modo que los anteriores debido a su inmediatez, su fuerza totalizadora y su composición holista. Estos rasgos lo convierten en el depósito «del excedente de validez de las certezas consensuadas de antemano» y en un estrato más firme e inmune ante las contingencias provenientes de la experiencia y del riesgo endémico del disenso y más difuso e intratable desde el punto de vista teórico. Este estrato del mundo de la vida (a un tiempo hontanar, zócalo y espesura) no sólo asegura las idealizaciones inevitables de las prácticas de entendimiento de los participantes; al aposentar la «destranscendentalización de la razón» sobre la dimensión cognitiva de la función lingüística de apertura de mundo, también relativiza la certificación pragmática del nexo de significado y validez a la fusión semántica de fondo entre el saber del lenguaje y el saber del mundo.

Entre tanto, Searle había pasado a considerar la filosofía del lenguaje como una rama de la filosofía de la mente y a investigar la estructura cognitivo-intencional de los actos de habla. En la réplica de 1988, Habermas contrapone los modelos intencionalista e intersubjetivista (de la filosofía) del lenguaje, el que lo conceptúa como un instrumento para transmitir ideas y el que lo conceptúa como un medio en el que los individuos se socializan y donde «pueden compartir intersubjetivamente el entendimiento de una cosa». La contraposición difiere de la que adujo en 1976, donde la acción comunicativa mediaba entre la estrategia y el contexto porque se sostenía en una teoría de la comunicación que daba por hecho que los agentes se entienden en la misma lengua. Ahora el litigio atañe a ese supuesto, el lenguaje compartido por los hablantes, que Searle deriva del entramado de la intencionalidad mental que forma el esqueleto de los actos de habla y que Habermas explica con la pragmática del habla definida tanto por la actitud realizativa de los interlocutores cuanto por el depósito del mundo de la vida que les «posibilita el comprender del mismo modo la misma cosa». Esta concepción del lenguaje como un medio de entendimiento que impregna las formas de vida y el sustento sociocultural de los participantes entronca con la hermenéutica y con (la lectura continental de) Wittgenstein en una tradición que se concentra en la función de apertura de mundo y que alcanza hasta la metacrítica lingüística de inspiración romántica a la filosofía transcendental.

Pero la contraposición también plantea a su modo un tema recurrente de la filosofía analítica del lenguaje¹⁵, toda vez que la réplica a Searle disputa ante todo el encaje comunicativo de la función expositiva. Habermas cuestiona que la representación mental de estados de cosas sea más originaria que su exposición lingüística y que los tipos ilocutivos estén determinados con la modulación (de las

15. Véase p. ej. el contraste de BRANDOM (1976, p. 137) entre la concepción representacionista y la concepción del lenguaje como prácticas sociales, la distinción de DUMMETT (1986, pp. 470 y ss.) entre las visiones del lenguaje como vehículo del pensamiento y como instrumento de comunicación, o la estilización de ACERO (1993, p. 10) del debate anglosajón entre las filosofías cartesiana y antropológica del lenguaje.

directions of fit) de la exposición de estados de cosas por parte de las actitudes proposicionales de los hablantes. Partiendo del supuesto de la semántica formal de que las representaciones tienen estructura proposicional y son análogas a las oraciones, él enclava la función expositiva en el «armazón formal» de los presupuestos pragmáticos, en los que la referencia al mundo objetivo está acreditada por la confirmación de las pretensiones de verdad, asociadas a los enunciados que reproducen la estructura proposicional de los estados de cosas. La validación ilocutiva de los hechos enunciados con la que se fija la referencia a los objetos se dirime mediante la determinación intersubjetiva de las condiciones de aceptabilidad que hacen verdaderas a las emisiones. Dicha determinación depende en esencia de las tomas de postura (racionalmente motivadas) del oyente ante las ofertas de las afirmaciones del hablante y está abierta al esclarecimiento epistémico que cualifica lo que ha de valer como verdadero en razón de su aceptabilidad idealmente justificada.

Aquel solapamiento con las funciones de apelación al oyente y de expresión del hablante y esta remisión a la práctica justificadora los debe la exposición lingüística al hecho de quedar insertada en el espacio público generado con las actitudes realizativas de los participantes que buscan el acuerdo en tanto que operan con un «sistema formal de referencias» a los mundos objetivo, social y subjetivo. Ese espacio de las libertades comunicativas constituye a su vez el núcleo de la tentativa postmetafísica de sortear el «historicismo de segundo orden» en el que confluyen las concepciones del lenguaje con las que Heidegger y Wittgenstein acometieron la destranscendentalización de la razón. En éstas, el sentido de lo que aparece en el mundo viene prejuzgado por la capacidad del lenguaje para abrir mundo, sea bajo la forma de la diferencia ontológica historicada o de los juegos de lenguaje inconmensurables, de tal modo que los traslados epistémicos y tendencias innovadoras que cabe atribuir a las comunidades de interpretación están irreversiblemente subordinados a los desplazamientos lingüísticos de los horizontes de sentido. Por el contrario, la concepción intersubjetiva del lenguaje avvicina las herencias de Humboldt y de Peirce con el fin de resaltar la comprensión dialéctica de los procesos intramundanos de aprendizaje que se concatenan mediante las prácticas deliberadas de entendimiento. Dichos procesos, activados por desafíos objetivos y fracasos en el mundo, son la única instancia en la que se acreditan los excedentes de validez y los avances de sentido de la apertura de mundo, porque están dirigidos por la experiencia y despliegan la fuerza revisora de la exposición lingüística mediada por la discusión pública.

(3) Mencioné que la crítica interna de Lafont ayuda a entender el estadio actual de la PF una vez que se ha puesto al servicio del giro realista y naturalista del «pragmatismo kantiano». Un punto esencial de esa crítica queda patente en la siguiente réplica a un comentario en el que Habermas, anudando objeciones moduladas por la semántica formal y la hermenéutica, disputaba la predominancia del paradigma del nombre como modelo de la concepción del lenguaje como instrumento:

Lo que Habermas no parece reconocer es que la «falsa imagen» surgida con la hipostatización del lenguaje en su dimensión de apertura de mundo, y que él tanto lamenta, tiene su origen en la *pars pro toto* contraria a ésta [de la teoría referencial del significado como patrón instrumental de la concepción del lenguaje], a saber: la absoluta desconsideración de la función designativa del lenguaje (en su interna conexión con la posibilidad de aprendizaje cognitivo)¹⁶.

Si bien aduce que «el descuido de la problemática de la referencia, en el que Lafont basa su propia crítica, sólo es un aspecto del espectro de objeciones que se pueden trasladar a un frente más amplio», Habermas asimila dicha crítica y sus correctivos cuando afirma que «en la variante hermenéutica de la filosofía del lenguaje... los aspectos intramundanos del uso del lenguaje retroceden detrás la función de apertura de mundo» y que «el descuido del análisis convincente de la función expositiva del lenguaje, es decir, de las condiciones de referencia y verdad de enunciados, sigue siendo el telón de Aquiles de toda la tradición hermenéutica»¹⁷. Ahora, la contención de la apertura de mundo y la explicitación de la exposición en aras de «su conexión con la posibilidad de aprendizaje cognitivo» imponen otra revisita de la PF y la clarificación de su ascendencia hermenéutica.

«Racionalidad del entendimiento. Aclaraciones de la teoría de actos de habla al concepto de racionalidad comunicativa», de 1996, reordena la trama de conceptos básicos de la PF con una remodulación del «entendimiento» y del «acuerdo» en el uso comunicativo del lenguaje, diferenciado de los usos no comunicativos con que se articula nuestro «trato con el mundo» y de los usos comunicativos que no sirven al entendimiento sobre la base del reconocimiento intersubjetivo de pretensiones de validez. La conferencia de 1998 «Filosofía hermenéutica y filosofía analítica. Dos formas complementarias del giro lingüístico» y la «Introducción» de 1999 a *WR* aclaran la conciliación pragmática de la analítica y la hermenéutica para explicar tanto la complementariedad entre la comunicación y la exposición cuanto la interacción entre la apertura lingüística de mundo y los procesos intramundanos de aprendizaje¹⁸.

En el artículo de 1996, el examen de las modalidades del uso del lenguaje se sirve de un modelo de tres estructuras nucleares de racionalidad (epistémica, teleológica, comunicativa) que corrige el andamiaje conceptual que veíamos arriba en el escrito de 1988. La estructura proposicional de las creencias es ahora otra de las raíces independientes de la racionalidad y se entrelaza con la estructura teleológica de las acciones (a través del uso no comunicativo del lenguaje en que reposa la capa realista de nuestro trato directo con el mundo) y con la estructura comunicativa de

16. LAFONT, 1993, 192, nota 22. Los textos a los que se refiere aquí Lafont proceden de *ND*: 53, 109s/56, 112s.

17. *WR*: 92, nota 51, 12 y 77/90, nota 51, 14 y 76.

18. Los tres textos están recogidos en *WR*: 7-137/9-131; también tengo en cuenta el resto de ensayos de *WR*.

las expresiones. Dado que esos núcleos irreductibles del saber, de la acción y del habla quedan ensamblados a través del uso comunicativo del lenguaje en la racionalidad discursiva (y en la interiorización de la misma que tiene lugar en la reflexión racional de la persona), se vuelve a modificar la anfibología de la razón: además de conferir preeminencia a esa capacidad integradora de la racionalidad argumentativa, la racionalidad comunicativa —situada al mismo nivel que las racionalidades epistémica y teleológica— ya no se equipara con la razón encarnada en el lenguaje.

Habermas revisa los confines que su concepción intersubjetiva del lenguaje heredara de la tradición hermenéutica con un reacoplamiento de la comunicación a las bases cognitivas y teleológicas que su concepción procedimental de la racionalidad extrae en buena medida de la tradición analítica. La situación de partida en que quedan convocadas ambas tradiciones viene definida por una abstracción pragmática correlativa con sendas hegemonías del aspecto semántico y por una «división del trabajo en ontología» que da cuenta de los compromisos del «realismo epistemológico pragmatista que sigue las huellas del kantismo lingüístico».

Habermas traza el paralelismo entre la analítica y la hermenéutica no sólo en razón de sus respectivas críticas a la concepción referencialista del lenguaje, las cuales convergen como un paso decisivo en la consolidación del giro lingüístico, sino en razón de los respectivos estrechamientos semánticos de sus concepciones del lenguaje, los cuales las convierten en formas complementarias de una insuficiente prosecución del giro lingüístico. La restricción del análisis lingüístico a la semántica de la aserción en la tradición analítica, que alzaprima la función expositiva sobre los procesos comunicativos de entendimiento, tiene su contrapunto en la restricción a la semántica de las imágenes lingüísticas del mundo en la hermenéutica, que subordina dichos procesos a la función de apertura de mundo¹⁹. La alternativa de la PF señala los deslindes y solapamientos con una estructuración humboldtiana de tres planos que corrige las presentaciones del tópico que veíamos en los anteriores escritos habermasianos. En el contraste de 1976, la práctica mundana del entendimiento, apresada con la teoría de la acción que la situaba entre la estrategia y el contexto a partir de la cooriginariedad entre intención y significado, establece el plano pragmático por el que se canalizan las sucesivas hibridaciones de las concepciones hermenéutica y analítica del lenguaje. En los textos de los años ochenta, esa orientación pragmática intenta domeñar la semántica holista de la fun-

19. «A partir de puntos contrapuestos, la filosofía analítica y la hermenéutica se han limitado al aspecto semántico, por una parte a la relación entre hecho y proposición, por otra a la articulación conceptual del mundo inscrita en un lenguaje natural. Ambas emplean instrumentos distintos: unos los medios de la lógica, otros los métodos de una ciencia del lenguaje orientada por contenidos. Pero la semántica del contenido planteada de manera holista efectúa la misma abstracción que la semántica del enunciado planteada de manera elementalista. Ambas tratan la pragmática del habla como algo derivado; en todo caso, no cuentan con que las cualidades estructurales del habla discursiva puedan aportar una contribución *propia* a la racionalidad del entendimiento» (WR: 78/77); véase también WR: 8-14/10-16.

ción de la apertura de mundo con una teoría sobre el lenguaje que presupone una concepción del uso cognitivo del mismo al estilo de la teoría del significado de la semántica formal. Pero las dificultades de la epistemologización de los nexos de significado y validez en lo tocante a las suturas entre saber del lenguaje y saber del mundo hacían necesario enmendar el descuido de la función expositiva. Ahora, el plano semántico de la constitución de mundo, que adelanta desde el mundo de la vida los recursos para los procesos de entendimiento y de solución de problemas, y el plano semántico de la exposición de hechos, que opera con el presupuesto formal de un mundo objetivo como la totalidad de las entidades sobre las que cabe hacer enunciados verdaderos y referencias exitosas, quedan reacoplados en la pragmática del habla, el «nivel medio donde se cumple la interacción, que amplía el saber y modifica el significado, entre apertura de mundo y procesos intramundanos de aprendizaje».

Este plano pragmático del entrelazamiento del mundo de la vida intersubjetivo y el mundo objetivo, idéntico para todos e independiente de nuestras descripciones, reanima el dualismo metodológico entre la segunda y la tercera personas, «entre la operación interpretativa del participante en la comunicación y la percepción de objetos del observador». El ajuste de esas perspectivas, la del acceso hermenéutico a las estructuras normativas de nuestro saber colectivo y la del acceso externo de la «experiencia de segundo orden», adiestrada por la interacción con el entorno, constituye el núcleo de la propuesta de un «realismo pragmático» que postula la combinación entre un realismo conceptual sobre nuestras prácticas familiares, el cual justifica la prioridad epistémica del mundo de la vida lingüísticamente articulado, y un nominalismo sobre nuestras referencias a los objetos, el cual justifica la prioridad ontológica de una realidad independiente. Esta construcción teórica se atiene en lo esencial a un encaje comunicativo de la distinción entre significado, verdad y referencia, propia de la función expositiva del lenguaje, que sirve de contrapeso a la subordinación de la predicación a la precomprensión con que la tradición hermenéutica tiende a asimilar el mundo al lenguaje²⁰.

Por otro lado, dicho plano pragmático pasa a ser explicado con un modelo pragmatista del «espacio público de las razones» que conviene con el de Brandom, no obstante sus notables diferencias, en una interpretación de la comunicación

20. «En la primacía de “algo como algo hermenéutico” sobre el “algo como algo predicativo” se funda la decisiva diferencia (de la hermenéutica heideggeriana) con la concepción semántica de la verdad. También para ésta el sentido de la expresión lingüística determina las posibilidades de verdad de una oración formada con su ayuda. Pero con esto no se afirma que en el plano semántico *se decida previamente de forma irrevocable* qué cualidades corresponden en adelante a qué categoría de objetos. Mientras separemos la predicación de cualidades de la referencia a objetos y podamos reconocer los mismos objetos bajo distintas descripciones, existe la posibilidad de ampliar nuestro saber del mundo y en consecuencia revisar nuestro saber lingüístico» (WR: 85/83). Una crítica similar a la hermenéutica de GADAMER, en WR: 90-2/88-90.

desde su racionalidad discursiva²¹. Este modelo afila el aguijón crítico de una añosa convicción, la de que el estadio actual del discurso filosófico de los modernos es contemporáneo del de la izquierda hegeliana, contra la «crítica recontextualizadora de la razón» que descansa en la hipóstasis de la función de apertura lingüística de mundo y que traslada «el *locus of control* desde los rendimientos de los participantes en el discurso a los aconteceres fatales de la historia del ser o a los casuales encadenamientos de la evolución histórica de los juegos de lenguaje»²². Dicho modelo, que sigue enlazando con las metacríticas de Apel al idealismo lingüístico de la hermenéutica y de Dummett al contextualismo lingüístico wittgensteiniano, se compromete con una concepción pragmatista de la verdad y con una versión realista de nuestro contacto con el mundo que Habermas, una vez abandonada su anterior equiparación de la verdad a la aceptabilidad ideal, compatibiliza con una relación epistémica de la verdad con la justificación.

Baste, para concluir, con reseñar un aspecto esencial de esa pragmatización de la PF que aclara el marco en el que se explica la ampliación del saber en los procesos de aprendizaje que tienen lugar dentro de un mundo ya preinterpretado. El modelo circular del espacio público de las razones cualifica el clásico patrón *justified true belief*, considerado como una condición no suficiente para la explicación pragmatista del conocimiento, en términos de un ciclo retroactivo entre la traducción de las certezas de acción dudosas, que han quedado quebradas en nuestro trato con el mundo, en enunciados revisados vía discursiva; y la retraducción de esas afirmaciones justificadas en renovadas certezas que pasan a funcionar como verdades supuestas en los contextos prácticos cotidianos. El procesamiento circular en la concepción pragmatista del conocimiento trata de compaginar la salvaguarda funcionalista de nuestro realismo básico con un enfoque de la «justificación constructiva» que se asegura de las creencias justificadas y las razones autorizadas en tanto que éstas retienen, dentro del espacio público de las razones, un nexo genético reconocible con el mundo objetivo.

21. He de contentarme con citar dos objeciones de Habermas (vertidas en *WR*: 138-85/135-79 y *ZÜ*: 166-70) a las consecuencias del «realismo conceptual» de BRANDOM (1994). Éste «no tiene en cuenta la explicación pragmatista de los procesos de aprendizaje semánticamente relevantes» porque descuida el entrelazamiento práctico de la experiencia en la vida cotidiana y en la práctica experimental, la fuerza estimuladora de la experiencia sobre dichos procesos y la aportación constructiva de los sujetos en el trato con la realidad. Por otro lado, la conceptualización objetivista de «la comprensión como una operación clasificadora» en el juego de tanteos del *scorekeeping*, y no como una operación interpretativa, descuida el papel de la segunda persona en la comunicación y echa por tanto a perder «el rasgo fundamental del entendimiento lingüístico».

22. Sobre este tema rector de *WR*, véase también «Concepciones de la modernidad» (*pK*: 195-231/169-98). A ello se aviene un diagnóstico metafilosófico que, frente a la «resacralización escatológica» de la filosofía o a su claudicación teórica en el puro oficio terapéutico, aboga por una autocomprensión exotérica de las funciones mundanas de una filosofía educada en un «desencantamiento pragmatista» (*WR*: 319-33/307-20).

BIBLIOGRAFÍA

- ACERO, J. J., *Lenguaje y Filosofía*, Barcelona, Octaedro, 1993.
- APEL, K.-O., *La Transformación de la Filosofía*, 2 vols., Madrid, Taurus, 1985.
- AUSTIN, J. L., *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1981.
- BAYNES, K., *The Normative Grounds of Social Criticism. Kant, Rawls, and Habermas*, New York, State University of New York Press, 1992.
- BRANDOM, R. B., «Truth and Assertibility», *Journal of Philosophy*, LXXIII (1976).
— *Making It Explicit*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1994.
- BÜHLER, K., *Teoría del Lenguaje*, Madrid, Alianza, 1985.
- COOKE, M., *Language and Reason*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1994.
- DUMMETT, M. A. E., «A Nice Derangement of Epitaphs: Some Comments on Davidson and Hacking», en: LEPORE, E., *Truth and Interpretation*, Oxford, Basil Blackwell, 1986, pp. 459-476.
- GADAMER, H.-G., *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme, 1977.
- HABERMAS, J., *Zur Logik der Sozialwissenschaften*, Frankfurt, Suhrkamp, 1970/1982 (*La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1988). Citado como: *LSw*.
— *Theorie und Praxis*, Frankfurt, Suhrkamp, 1963/1971 (*Teoría y Praxis*, Madrid, Tecnos, 1987). Citado como: *TP*.
— *Philosophisch-politische Profile*, Frankfurt, Suhrkamp, 1971/1981 (*Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1986). Citado como: *PPP*.
— *Theorie des kommunikativen Handelns*, Frankfurt, Suhrkamp, 1981 (*Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., Madrid, Taurus, 1987). Citado como: *TkH1* y *TkH2*.
— *Vorstudien und Ergänzungen zur Theorie des kommunikativen Handelns*, Frankfurt, Suhrkamp, 1984 (*Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra, 1989). Citado como: *VETkH*.
— *Die Neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985 (*Ensayos políticos*, Barcelona, Península, 1988). Citado como: *NU*.
— *Der philosophische Diskurs der Moderne. Zwölf Vorlesungen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985 (*El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid, 1989). Citado como: *PDM*.
— «Entgegnung», en: HONNETH, A. y JOAS, H. (eds.), *Kommunikatives Handeln. Beiträge zu Jürgen Habermas' «Theorie des kommunikativen Handelns»*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986, pp. 327-405. Citado como: *Ent*.
— *Nachmetaphysisches Denken. Philosophische Aufsätze*, Frankfurt, Suhrkamp, 1988 (*Pensamiento Postmetafísico*, Madrid, Taurus, 1990). Citado como: *ND*.
— *Texte und Kontexte*, Frankfurt, Suhrkamp, 1991 (*Textos y Contextos*, Barcelona, Ariel, 1996). Citado como: *TK*.
— *Die postnationale Konstellation. Politische Essays*, Frankfurt, Suhrkamp, 1998 (*La constelación posnacional. Ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 2000). Citado como: *pK*.
— *Fragmentos filosófico-teológicos*, Madrid, Trotta, 1999. Citado como *Fragmentos*.
— *Wahrheit und Rechtfertigung. Philosophische Aufsätze*, Frankfurt, Suhrkamp, 1999 (*Verdad y Justificación. Ensayos Filosóficos*, Madrid, Trotta, 2002). Citado como: *WR*.
— *Zeit der Übergänge. Kleine Politische Schriften IX*, Frankfurt, Suhrkamp, 2001. Citado como *ZÜ*.
- LAFONT, C., *La Razón como Lenguaje. Una revisión del «giro lingüístico» en la filosofía del lenguaje alemana*, Madrid, Visor, 1993.

- *Sprache und Welterschliessung. Zur linguistischen Wende der Hermeneutik Heideggers*, Frankfurt, Suhrkamp, 1994 (*Lenguaje y apertura del mundo. El giro lingüístico de la hermenéutica de Heidegger*, Madrid, Alianza, 1997).
- SEARLE, J. R., *Speech Acts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969.
- *Expression and Meaning*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- *Intentionality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- STRAWSON, P. F., *The Bounds of Sense*, London/New York, Routledge, 1966.
- *Ensayos lógico-lingüísticos*, Madrid, Tecnos, 1983.
- TAYLOR, Ch., *Philosophical Papers*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- «Sprache und Gesellschaft», en: HONNETH, A. y JOAS, H. (eds.), *Kommunikatives Handeln*, Frankfurt, Suhrkamp, 1986, pp. 35-52.